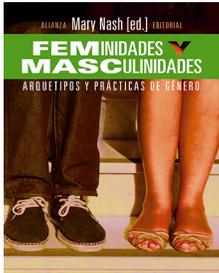


## REFORMULACIÓN IDENTITARIA

Nash, Mary (ed.), *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género*. Madrid, Alianza Editorial, 2014, 304 pp.



El libro editado por la profesora Mary Nash es una muestra de la vitalidad de la historia del género, entendida no como equivalente o sinónimo de la historia de las mujeres —pues así lo fue en su acepción inicial o clásica—, sino como esa forma de hacer historia que ha atendido a los arquetipos o construcciones hegemónicas sobre la feminidad y la masculinidad. Si bien está abriéndose camino en la historiografía de manera paulatina, es una línea de investigación todavía poco desarrollada; de ahí que este volumen constituya una bocanada de aire fresco tanto por la originalidad de los temas como por la perspectiva novedosa e interdisciplinar con la que se abordan. Con un claro predominio de la historia sociocultural, pero que acoge también aportaciones efectuadas desde los estudios fílmicos y los estudios *queer*, el libro ofrece nuevas herramientas conceptuales para el análisis histórico y constituye un magnífico ejemplo de cómo estas pueden utilizarse de manera fructífera, con el fin de efectuar

sugerentes relecturas de temas abordados desde posiciones historiográficas más clásicas.

El objeto principal del libro, y su principal hilo conductor, es efectuar un análisis de las identidades de género —qué es ser un hombre, qué es ser una mujer— que han delimitado las posibilidades de actuación de los sujetos en determinados contextos históricos. La cuestión no es baladí porque, como explica la editora en la presentación del volumen, los arquetipos han sido un factor explicativo de las desigualdades de género a lo largo de la historia. Como constitutivos del imaginario colectivo, compartido socialmente, sobre el ideal que deben encarnar hombres y mujeres en el mundo, los arquetipos refuerzan —o dejan fuera de lo posible— determinados comportamientos y expectativas. Asimismo, se convierten en ingredientes esenciales de unas relaciones de género que históricamente han estado presididas por la desigualdad y/o la marginación de las mujeres con respecto a los hombres. Aunque como construcciones inestables están sujetos a la posibilidad de transformación y de ofrecer el marco discursivo y simbólico para prácticas más igualitarias, llama la atención la capacidad de dichos arquetipos para pervivir y adaptarse a los distintos contextos históricos. No es una casualidad que las transformaciones más significativas tengan lugar en los momentos de crisis política y social, y de ahí que, acertadamente, el grueso de las contribuciones se sitúen en los dos grandes momentos de cambio del siglo XX. Por un lado, la crisis del sistema de la Restauración, inaugurada con la pérdida del

imperio colonial en la guerra de 1898, y el paso a la sociedad de masas y, por otro, el proceso de transición de la dictadura a la democracia.

Una idea central de este volumen, en cuanto que se aborda en varios capítulos, es la capacidad de los sujetos de reformular o resignificar determinados arquetipos en un sentido más inclusivo o igualitario, de forma que las construcciones culturales identitarias pueden convertirse en instrumentos para la resistencia a las múltiples manifestaciones del poder patriarcal. No obstante, delimitar hasta donde llegan las posibilidades de las prácticas sociales frente a los denominados “designios culturales” (p. 18) es un reto al que habitualmente nos enfrentamos como historiadores, y así lo han asumido las autoras y los autores del libro. Pues el cambio político y social que acompaña los procesos de modernización no siempre conlleva propuestas más dignificadoras para los sujetos, ni los arquetipos que emergen al calor de estos cambios ofrecen significados de inclusión o emancipación para las mujeres. Por ejemplo, como demuestra magníficamente en su artículo Mercedes Arbaiza, las décadas centrales del siglo XX, aquellas en las que tuvo lugar el mayor avance desde el punto de vista de los derechos políticos y sociales para hombres y mujeres del mundo occidental, sancionaron el ideal femenino del “ama de casa”, concebido como arquetipo complementario —y necesario— al del obrero varón, “ganador de pan”, y una de las principales fuentes de legitimidad para la clase obrera. El carácter inestable de los arquetipos de género ha permitido también su reformulación para satisfacer las necesidades de las identidades nacionales en crisis. Así, como explora en su capítulo Jorge Uría, la práctica del deporte

como seña de identidad de la modernidad y la nueva sociedad de masas en los años veinte, favoreció la emergencia de un modelo de masculinidad, el del futbolista joven y andrógino, convertido en el nuevo héroe nacional al encarnar los ideales de austeridad, vigor físico, esfuerzo corporal y éxito social, para dar salida a las ansias de regeneración nacional.

El proceso de construcción identitaria como un espacio que históricamente ha ofrecido el marco para la discusión sobre las relaciones de poder queda muy bien ilustrado en el capítulo de María Dolores Ramos, sobre los cambios en el modelo dominante de feminidad que acaecieron en el primer tercio del siglo XX, con el surgimiento de la “Nueva Mujer” alternativo al “ángel del hogar” decimonónico, en el que fueron decisivas las voces de mujeres modernas, portadoras de valores universalistas, pacifistas e igualitarios, como Magda Donato, Maruja Mallo, Victoria Kent o María Martínez Sierra. Así también lo muestra Jordi Luengo que aborda una experiencia coetánea que tuvo lugar en un espacio y en un tiempo muy concreto, el París de mediados del XIX, la *bohème*, en el que jóvenes de clase obrera, con su incursión en los espacios públicos y cosmopolitas habitualmente vedados a las mujeres, rompieron con los convencionalismos sociales y de género. Apunta, no obstante, la ambigüedad o los límites del desafío, pues en muchas ocasiones reprodujeron una especie de “maternidad social” en cuanto que mostraron una “abnegada dedicación a los que acompañaban y amaban” (111-112). Pero con estos gestos de transgresión, las *grisettes* desestabilizaron los modelos patriarcales vigentes y forjaron nuevas

libertades, que compartieron con otros colectivos, feministas, estudiantes y *garçonnes*, al convivir en los márgenes de lo reglamentado.

Que los proyectos de expansión colonial, o las crisis ocasionadas por la pérdida de imperios, son contextos especialmente ricos para explorar la transformación en las construcciones de género dominantes se demuestra en los sugerentes trabajos de Nerea Aresti y de Gemma Torres. La primera explora la crisis del arquetipo viril español que tuvo lugar tras la derrota en la guerra de Cuba (1898) a partir de dos herramientas analíticas, el concepto de género acuñado por Scott —en particular su segunda acepción, es decir, el género como significativo para articular formas de poder ajenas a las propias relaciones de género—, y el concepto de interpelación de Althusser, entendido como “la llamada del otro que convierte a un individuo en sujeto [...] ‘que construye identidad’” (48). En el contexto del neordarwinismo social, en el que las naciones fueron concebidas como organismos vivos que competían entre sí por la supervivencia en el concierto internacional de las potencias, la derrota de España frente a los Estados Unidos y la consiguiente pérdida de las colonias se entendió como una manifestación más de la decadencia de las naciones latinas frente a la superioridad angloamericana y germana. El cuestionamiento de las virtudes nacionales afectó al arquetipo masculino español, identificado como “el bruto”, por su pasividad, vagancia e irracionalidad, frente al modelo civilizador y protector que encarnaba el “Tío Sam”. Asimismo, por el juego de oposiciones conceptuales entre hombres y mujeres, las mujeres de la raza degenerada o inferior eran enaltecidas,

y las españolas, en particular, ensalzadas como ejemplo de continencia, autocontrol y sobriedad, síntomas de civilización, por obra de su fe religiosa.

De forma similar, el trabajo de Gemma Torres explora a partir de los textos del médico militar Felipe Ovilo Canales, destinado en Marruecos entre 1877 y 1896, las construcciones dominantes de género en el discurso colonial español finisecular. En ellas fue crucial esa contraposición entre los sexos y la “alteridad” que conlleva todo proyecto colonial. La concepción de la masculinidad marroquí era definida a partir del lugar que ocupaban las mujeres en la sociedad, de manera que estas encarnaron simbólicamente el grado de civilización de la misma. Al ser representadas como meros objetos de placer o motores del trabajo, se convirtieron en la prueba irrefutable del atraso del pueblo marroquí. Así, la idea de “masculinidad primitiva”, una especie de exacerbación del modelo del don Juan, se sustentaba en las deficiencias de los varones como maridos —holgazanes, perezosos e incontinentes sexualmente—, que, a su vez, constituyeron un impedimento a la constitución de un modelo de familia y de sociedad occidental. Y, de nuevo por el juego de las oposiciones, la masculinidad nacional española quedaba identificada con el mundo moderno y civilizado. Es un ejemplo más de cómo los arquetipos de género permitieron construir un “otro” que debía ser tutelado y civilizado con el fin de justificar la empresa colonial.

Cuatro capítulos versan sobre los cambios que tuvieron lugar en el contexto de la transición a la democracia. El de Mary Nash subraya que el feminismo de los años setenta exploró vías diversas para crear una nueva identidad

femenina. La autora pone de relieve cómo, aparte del desmantelamiento del entramado jurídico e institucional de la Dictadura, uno de los grandes retos del movimiento de mujeres en la Transición fue ofrecer representaciones culturales y modelos de género que encarnaran una alternativa a los que el franquismo había impuesto con virulencia. Así, frente a la maternidad impuesta y a la sumisión de las mujeres a través del discurso católico y un marco legal discriminatorio, las feministas impulsaron una resignificación del arquetipo de feminidad a partir del cuestionamiento de la maternidad como único eje de la vida de las mujeres, el derecho al placer sexual y al trabajo remunerado, y la construcción de símbolos identitarios de pertenencia, como los espacios propios para el encuentro.

Teresa María Ortega aborda el mito del “idilio rural”, por el que las mujeres, invisibilizado su trabajo por haber sido expulsadas del proceso de producción agraria en el proceso de modernización capitalista del campo, quedaron plenamente identificadas con los cuidados familiares y la reproducción de la vida como elemento clave para la integración de la comunidad rural. Ortega subraya factores estructurales, como las transformaciones socioeconómicas que han favorecido la reestructuración del trabajo agrario y el impacto de las categorías del pensamiento feminista, para explicar la emergencia de varias “estrategias de género” en los años setenta y ochenta, por parte de las mujeres sindicalistas agrarias, que han permitido transformar sustancialmente el arquetipo tradicional.

Dos capítulos abordan, a caballo entre la historia de género, los estudios filmicos y los estudios *queer*, con las herramientas teóricas que estos ofrecen, las posibilidades de modificación

de los arquetipos de género, y en particular la representación de la homosexualidad, en el cine de la transición. A partir del análisis de tres películas emblemáticas de la época, *Morbo*, *Arrebato* y *Bilbao*, Brad Epps reflexiona sobre los límites de la transgresión en la producción cinematográfica de carácter experimental de la época, para concluir que si bien se produjo un desplazamiento con respecto a los arquetipos heredados del franquismo, se mantuvieron las diferencias binarias, que se resituaron o reafirmaron “a veces —demasiadas— con más contundencia que nunca” (267). Poco optimistas son también las conclusiones de Alejandro Melero sobre los arquetipos gay y lesbiano en el cine de la transición. A partir de una sutil distinción entre el arquetipo —el modelo original con el cual se moldean otras representaciones y versátil para adaptarse a los distintos momentos de la historia y las culturas— y el estereotipo —la imagen fija y simplificada de un grupo de personas— ofrece un repaso sobre los arquetipos lesbianos —la vampiresa depredadora y la heterolesbiana— y gays —el gay payaso y el homosexual triste— en el cine de la transición, que están en tensión con el estereotipo, porque es aquello que los hace reconocibles en la representación fílmica. Dicha tensión marca, asimismo, los límites a la posibilidad de la homosexualidad fuera de la narración cinematográfica.

Estamos en definitiva ante un trabajo colectivo, fruto del empuje y la coordinación académica de la profesora Mary Nash, que será una referencia indiscutible para la historiografía de las mujeres y la historiografía del género.

Constituye un magnífico ejemplo de cómo los nuevos enfoques historiográficos o la interdisciplinariedad tienen la capacidad para sacar a la luz temas y problemáticas nuevas, insuficientemente atendidas hasta el momento, que merecen una reflexión profunda. Y hace explícita la importancia de analizar críticamente los procesos de construcción de los arquetipos y las identidades de género, en cuanto que pueden ser puntales de la discriminación, al tiempo que su transformación o reformulación puede, sin embargo, sentar las bases de un cambio político y social en un sentido más igualitario. ➤

Ángela Cenarro  
Universidad de Zaragoza  
acenarro@unizar.es